



LA SOMBRA DE TURANDOT

Patrick Skertchly

LA SOMBRA DE TURANDOT



Primera edición: octubre de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Patrick Skertchly

ISBN: 979-13-88411-44-1

ISBN digital: 979-13-88411-45-8

Depósito legal: M-23858-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

Parte 1

IN QUESTA REGGIA

Capítulo 1

Eran las tres de la mañana y en lo único en que podía pensar era en escapar lo más rápido posible. La lluvia había cesado, dando paso a una niebla que se asentaba sobre la carretera. No sé cuánto tiempo llevaba manejando, pero debían de ser por lo menos dos horas y me faltaban al menos un par más. La carretera estaba completamente sola. Hace tiempo que no veía a ningún auto pasar. Aunque eso no me preocupaba. Estaba demasiado concentrado en manejar en línea recta para que el auto no se desviara de su carril y, sobre todo, en no quedarme dormido.

¿Qué demonios estaba haciendo? Solo quería escapar y desaparecer. No tenía un plan concreto, tan solo continuar por el camino y esperar que se me ocurriera algo más adelante.

La carretera era tortuosa. Al atravesar un valle, la pista subía y bajaba por numerosas colinas. Daba vueltas cerradas y con la niebla se me dificultaba el manejo. No podía acelerar a fondo como acostumbraba, aunque agradecía la dificultad del camino porque era lo que me mantenía despierto. Tenía la concentración al máximo y ni siquiera me di cuenta del silencio que imperaba en el auto.

La noche era tan oscura y cerrada, con nubes cargadas de lluvia que tapaban el cielo nocturno. No sabía si había luna o estrellas. Todo era negro como la boca de un lobo. Tan solo los faros de mi auto eran lo único que daba algo de vida a lo que estaba afuera. Viendo por el espejo retrovisor y por las ventanas a los lados, me daba cuenta de la oscuridad profunda que me rodeaba.

Empecé a sentir comezón en el cuello y con una mano me rasqué con fuerza mientras que con la otra sostenía el volante mientras reducía la velocidad para no ponerme en riesgo una vez más. Todo había pasado muy rápido y ahora que andaba por la solitaria carretera trataba de recordar los sucesos previos y en verdad me costaba retomarlos.

Tan solo recordaba la fuerte lluvia que había estado cayendo en la ciudad. Era tan intensa que no lograba ver nada. A pesar de haber estado en la máxima velocidad, los limpiaparabrisas del auto no habían ayudado a ver lo que se encontraba de frente. Todo lo demás era confuso. Había estado en mi departamento completamente empapado, pero no sé si era por la lluvia o porque me había bañado. ¿Me había bañado? No estaba seguro. Había aventado la primera ropa que encontré a mi mochila. Creo que la luz estaba apagada, porque tampoco recuerdo qué había guardado. En mi mente solo estaba una idea: huir.

Del caos de la ciudad con la tormenta que inundaba las calles, mis recuerdos pasaban a la tranquilidad de la carretera donde me encontraba en estos momentos. Sin embargo, la paz que sentía era solo en la carretera. Dentro del auto yo me sentía intranquilo. Mi corazón palpitaba con fuerza y de no ser por el motor estoy seguro de que podría escuchar mis latidos. Mis manos sudaban copiosamente. Me costaba sostener el volante en cada giro que daba. Tenía que estar secándomelas en el pantalón para coger las curvas con seguridad.

Otra vez sentí el picor en el mismo punto del cuello. Parecía que ya había hecho una rutina. Primero sentía la picazón, después tensaba la mano derecha sobre el volante y con la izquierda me rascaba el cuello. Por instinto, volteaba a los espejos retrovisores de los lados y terminaba en el espejo central solo para asegurarme de lo sola que estaba la carretera. Sin embargo, por más que lo hacía parecía que el hormigueo no paraba. Llegué a pensar que me había sacado sangre porque me había estado rascando con fuerza y sentía dolor. Aun así, esta no desapareció. Me volví a frotar con

ansiedad. Espejo retrovisor de la izquierda, nada. El de la derecha igual. Por último, el espejo central no estaba vacío.

Noté en el asiento trasero la sombra de una persona sentada. En ese momento no sentí miedo. Tan solo, sin saber qué estaba pasando, no quité la mirada del espejo. No sé si era una persona ya que solo distinguía la silueta de algo completamente oscuro como la noche que me rodeaba.

Sin soltar la vista del retrovisor despegué el pie del acelerador y poco a poco el auto disminuyó la velocidad. No se escuchaba nada. El silencio era tan potente que hasta puedo decir que podía escuchar el mismo silencio. Detuve el auto a la mitad aprovechando que la carretera estaba vacía y no fue hasta que se paró completamente que solté la mirada del espejo y me di la vuelta para encarar a la sombra detrás. Para mi sorpresa, el asiento estaba vacío sin señales de haber habido alguien. Regresé la mirada hacia el espejo y al igual que el asiento, tampoco se veía nada. Tan solo estaba la autopista completamente negra y vacía. Repetí la operación dos o tres veces, del espejo al asiento y del asiento al espejo, pero aquella cosa había desaparecido. Estaba completamente solo en mi auto en medio del bosque que atravesaba el valle.

Volví a poner el pie en el acelerador y con delicadeza lo presioné. Cuando el auto empezó a avanzar lentamente fue que sentí miedo. La aparición de aquella cosa me había hecho olvidar mis problemas y ahora solo pensaba en ella. ¿La habría imaginado? Estoy seguro de que no. Estoy seguro de haberla visto. ¿Qué era? No lo sé. Un sudor frío me recorrió la espalda y las axilas y empecé a respirar con fuerza. Por primera vez escuché algo diferente. De repente me di cuenta de la estupidez que estaba haciendo al manejar solo por la carretera en la madrugada. No era segura y mucho menos en la noche. Algo me podía pasar como un choque o inclusive un secuestro y nadie se iba a enterar. Nadie sabía que estaba yendo hacia un destino que solo yo conocía.

Con nerviosismo y lleno de miedo continué mi camino sin dejar de pensar en la sombra que había visto. El hormigueo del cuello

había desaparecido, no obstante, continuaba mirando el retrovisor esperando no encontrarme a aquella cosa. El asiento trasero permaneció vacío como la autovía que transitaba.

Pasó una hora y el reloj marcó las cuatro de la mañana cuando una luz en el tablero se encendió acompañada de un rápido pitido. El auto necesitaba gasolina. Para mi suerte, en ese momento divisé a lo lejos las luces de una gasolinera. Aunque estuviera solo en la carretera, prendí la direccional y disminuí la velocidad para entrar en ella, que también se encontraba vacía. Tenía cuatro dispensadores y una tienda de conveniencia con las luces prendidas.

Bajé del auto y sentí el viento frío de la montaña. Me maldije por no haber cargado un chándal sabiendo que iría a un lugar frío. Conecté la manguera al auto y esperé mientras la gasolina fluía. La niebla de la montaña se escurría cubriendo todo el suelo del lugar y dándole un aspecto tétrico. Mi aliento salía como vapor blanco a causa del frío que hacía y yo intentaba vanamente calentarme sobando mis brazos. Tras unos minutos, la máquina se detuvo, saqué la manguera, cerré el compartimento y la devolví a su lugar. Caminé a la tienda para pagar esperando que esta estuviera abierta, porque a pesar de tener las luces prendidas, parecía estar vacía.

Empujé la puerta y esta anunció mi entrada con el sonido de una campanilla. El interior parecía estar desierto y solo se escuchaban los refrigeradores trabajando. El lugar parecía viejo, con maquinaria anticuada y un olor particular que me recordaba a la casa de mi abuela. No le di importancia, pues para la hora que era, el cansancio había llegado a mí y como todavía me faltaba un buen tramo de carretera, decidí ir por un café. Al igual que el resto de la tienda, la máquina se notaba antigua. Tomé un vaso junto a ella y me serví suficiente para aguantar el resto del camino que me quedaba. Caminé hacia la caja y me encontré con un joven que estaba atendiendo. Vestía con una camisa a cuadros roja y un gorro de lana café. Tenía la cara llena de acné y unos cuantos pelos en el bigote y barba. Estaba leyendo la revista *Playboy* con mucha atención y no se inmutó porque yo hubiera llegado.

—¿Algo más? —preguntó sin despegar la mirada de una modelo que aparecía completamente desnuda en ambas páginas.

—Fue la gasolina del dispensador número dos y el americano grande. También, ¿me podrías dar unos cigarros rojos, por favor?

Soltó la mirada y dejó la revista en el mostrador abierta de par en par. En otra ocasión no le hubiera dado importancia; sin embargo, me llamó la atención la mata de vello en el pubis como si fuera una modelo de antaño. No llegué a reconocerla, aunque tampoco soy un experto en modelos pornográficos. A pesar de que la revista parecía ser nueva, me dio la sensación de ser una revista vieja. Pensé con extrañeza en quién miraba pornografía en revistas teniendo ya celulares e internet. El extraño dependiente tomó los cigarros que estaban detrás de él y los puso junto a mi café.

—Serían 650 pesos.

Su mirada me llamó la atención. Tenía los ojos azul oscuro y con una mirada muy profunda llena de tristeza y desesperación. Al mirarlo me sentí incómodo y rápido solté la vista para sacar mi cartera. Le entregué dos billetes y tras tomarlos abrió la caja registradora, que al igual que todo en el lugar, parecía arcaica. Agarró el cambio correspondiente y me lo entregó en la mano.

Sin esperar a que me fuera, tomó la revista y cambió de página apareciendo otra modelo desnuda y con la mata de vello. Esta vez, lo que me sorprendió fue el peinado que me hizo recordar a la actriz Marilyn Monroe. Tratando de salir lo antes posible y con una sensación extraña dentro de mí, me fui sin decir nada más.

Una vez afuera de la tienda, sentí nuevamente el frío de la madrugada, así que encendí uno de los cigarros que había comprado. Junto con algunos tragos del café, daba largas caladas para intentar sacudirme esa incomodidad que me envolvía. Saqué el celular para distraerme y para mi sorpresa la barra de señal estaba completamente vacía. Recordé con disgusto que en medio de la montaña no había nada de señal. De repente, el cigarro se me cayó de la boca al percatarme de algo. El reloj de mi celular marcaba las cinco y diez de la mañana. Sin darme cuenta, había estado más de una hora en

la tienda. Algo no estaba bien, pues tan solo puse gasolina que me tomó unos minutos, me serví el café y pagué. No había forma de haber estado tanto tiempo ahí. Se intensificó mi incomodidad y al levantar la mirada mi corazón se detuvo. El joven estaba parado frente al cristal viéndome fijamente. No se movía y tan solo me miraba con aquellos ojos desesperados.

Caminé rápido al coche, lo encendí y salí lo más rápido que pude de ahí. No despegué la mirada del retrovisor mientras veía la tienda y la gasolinera alejarse. El joven no se despegó de la ventana observando mi salida. La gasolinera se encontraba en una recta larga y aproveché por primera vez acelerar con el pedal a fondo. Lo único que quería era salir de ahí. No fue hasta que las luces desaparecieron de mi vista que despegué la mirada del espejo y pude respirar. El lugar tenía algo singular y esperaba jamás regresar.

Pasadas las seis de la mañana, el sol ya comenzaba a filtrarse por entre las montañas. El cielo continuaba nublado, pero la oscuridad desaparecía pasando a una luz grisácea. Poco a poco el paisaje se abrió ante mis ojos y pude distinguir los altos pinos y el frondoso bosque que me rodeaba. En algunos puntos, especialmente cuando subía por las colinas, alcanzaba a distinguir el valle a lo lejos y el pueblo a donde me dirigía. Al poco tiempo alcancé a ver el lago con sus colores argentados que le daban su nombre al Valle de Plata.

Acercándome al pueblo, empezó el tráfico con camiones y algunos autos que, como yo, se dirigían al pueblo. Habían pasado tantas cosas extrañas en el trayecto que casi había olvidado el motivo de mi viaje. Al verme rodeado del tráfico recordé por qué había venido. Regresó el escozor del cuello y mis manos volvieron a sudar estresándome lleno de nervios.

A las siete de la mañana, con el sol todavía medio oculto entre las montañas, entré al pueblo que me vio nacer y crecer y al que ya tenía más de cuatro años sin visitar.

Aunque llevaba tiempo de no ir, me supe perfectamente las calles y callejones para llegar a casa de mis padres. Por entre las estrechas calles adoquinadas del centro, mi coche avanzó. De las fábricas y modernas plazas de las afueras de la ciudad, pasé a las antiguas casonas y a los viejos palacios del centro. Al igual que en la periferia, la vida en el centro despertaba. Logré distinguir gente vestida para ir a trabajar, a los dueños de las tiendas abrir sus locales y hasta los emprendedores colocando sus puestos en las plazas públicas.

Frente a una de estas plazas se encontraba el edificio donde estaba el apartamento de mis padres, donde había vivido toda mi vida. Era un antiguo edificio de cuatro pisos que había pertenecido a algún importante miembro de la aristocracia durante la independencia y que, pasando de mano en mano, había llegado hasta mi abuelo, que lo convirtió en un edificio residencial. Mis padres, ahora siendo dueños del complejo, vivían en el último piso en un departamento que ocupaba toda la planta.

Traje el control del estacionamiento para entrar sin problema alguno. Me estacioné en uno de los espacios que correspondían a mis padres y, cuando apagué el auto, pareció que mi mente y cuerpo se hubieran puesto de acuerdo, pues el cansancio me envolvió por completo. Sentí el deseo de cerrar los ojos y quedarme dormido ahí hasta tener energía suficiente para caminar unos cuantos pasos hasta el departamento. Sin embargo, me concentré en reunir la poca energía que me quedaba y, haciendo el mayor esfuerzo, conseguí bajarme. Seguía teniendo los nervios a flor de piel y el estrés al máximo, tanto que me sentí incómodo al caminar al elevador al fondo del piso. El estacionamiento estaba vacío y mis pasos sonaron con fuerza, produciendo un eco que rebotó entre las paredes. Sentía una mirada a mis espaldas, una mirada potente que intentaba penetrar mi espalda. Por miedo a que se me apareciera aquella cosa otra vez o que viera al extraño joven de la tienda, no volteé y caminé lo más rápido que pude.

Sin nada que pasara, subí por el elevador hasta la cuarta planta, donde estaba el hogar de mi infancia. Con un ruido pesado, la

máquina subió y en unos segundos estaba frente a la puerta del departamento. Abrí con el mayor cuidado posible para no hacer ruido. Mi casa estaba a oscuras, pero encontré la luz de la cocina prendida. Mi madre era una mujer de hábitos que se despertaba temprano para ir al club. No había terminado de cerrar la puerta cuando apareció ya vestida y lista para empezar su día.

—Hijo, viniste —dijo sin emoción alguna. Parecía que nos hubiéramos visto el día anterior.

—Hola, madre —respondí con un vuelco al corazón que me había herido profundamente.

—Me hubieras avisado que venías para que te arreglaran tu cuarto. —Mi madre era un ser frío que rara vez mostraba sentimiento alguno. Lo sabía, siempre había sido así, aun así, no dejaba de doler—. Ahora tu cuarto no tiene sábanas y no está listo para recibirte.

—No te preocupes —contesté visiblemente molesto y dolido—. Yo me las arreglo.

Sin decirme nada más, tomó sus cosas y se fue. Después de no habernos visto en cuatro años, esperaba una bienvenida más cálida. No me encontraba bien y deseaba un poco de cariño maternal para poder desahogar mis penas. Pero mi madre, siendo ella, ignoró lo evidente y fingió que todo estaba perfecto.

Pensé en ignorar su frialdad y poner las sábanas para evitar el regaño. Pero el cansancio que pesaba en mis hombros era mayor e ignoré mi instinto. Llegué a mi habitación, aventé la maleta al suelo y, sin sábanas ni nada, me eché en la cama donde me hundí en un sueño profundo antes de pensar en cualquier otra cosa.

Desperté de golpe unas horas después. Me sentía agitado y desorientado. Había soñado con una lluvia que caía a cántaros y yo estaba en medio de ella sin poder divisar un refugio. Estaba completamente empapado y no estaba solo. La sombra se encontraba

de pie frente a mí, amenazante. Era completamente negra y, al igual que en mi auto, no distinguí ninguna facción, pero estaba seguro de que me miraba.

Asustado, di vueltas con la cabeza intentando evitar su mirada. Fue entonces cuando me desperté sin saber en dónde estaba. Tenía el corazón agitado y respiraba largas bocanadas lleno de miedo. Con la luz que se filtraba por entre las cortinas, pude distinguir la habitación en la que había crecido. Por un momento me relajé sabiendo que estaba en un lugar seguro. Sin embargo, el recordar por qué estaba ahí no calmó mis nervios.

Me senté en el borde de la cama y cerré los ojos intentando calmarme. No podía hacer nada y por algo me encontraba donde estaba. Ya no había marcha atrás y lo único que me quedaba era seguir. No podía caer en la desesperación porque eso inevitablemente iba a resultar en que me descubrieran y no me lo podía permitir. Respiré profundamente y abrí los ojos. Para calmarme, observé mi cuarto y recordé todos los momentos que ahí había pasado. La luz que se filtraba por las cortinas era suficiente para distinguir cada detalle, dándole un aire etéreo a la habitación.

En estos cuatro años nada había cambiado. Mi cama se encontraba en el mismo lugar, los estantes permanecían con los mismos libros de antaño con algunos recuerdos sobre ellos. El póster de Cristiano Ronaldo seguía pegado en la puerta del baño. Mi escritorio tenía las estampas que pegué cuando era niño. En una esquina todavía estaba la cesta llena de balones y pelotas de cuando jugaba. Sorprendentemente, estas seguían infladas como si fueran nuevas. No había una mota de polvo en toda la habitación. Parecía que el tiempo no hubiera pasado.

Más tranquilo, tomé el baño caliente que tanta falta me hacía. El vapor del agua y el silencio fueron suficientes para renovarme y espantar algún remanente de sueño. Me relajé completamente y al salir me sentí un hombre nuevo. Aunque seguía teniendo la presión incómoda en el pecho.

Tomé la maleta del piso y me di cuenta de que en mi huida y desesperación no había puesto ropa suficiente para una larga estancia en el pueblo. Decidí que tendría que ir ese mismo día al centro comercial.

Al voltear, noté que sobre el escritorio había un sobre que no había visto. Supuse que por el cansancio y el estrés antes del baño lo había ignorado. Era pequeño, como del tamaño de mi palma. Lo que más me llamó la atención fue el color que tenía. Era de un blanco prístino. No quiero decir que era muy blanco, sino que era de una blancura tan pura que hasta podría decir que emitía luz propia. Nunca en mi vida había visto un color así, sin ninguna mancha ni imperfección.

Lo tomé con cuidado, intentando no manchar ni estropear su pureza. Al darle la vuelta, encontré mi nombre escrito a mano con tinta negra. Al igual que el sobre, la tinta era de un color negro profundo y con una caligrafía perfecta que parecía que ninguna pluma pudiera crear. Ni siquiera las plumas finas que mi padre coleccionaba. Como si fuera poco, al abrirla, el pegamento era de una calidad asombrosa. El despegue se sintió como seda y en ningún punto dejó marca. Tanta perfección parecía hecha por los mismos ángeles. Dentro había una hoja más pequeña y del mismo color blanco impoluto, y tenía una frase escrita con la misma perfección con la que venía mi nombre. Al leer el contenido, no supe qué era y una inquietante confusión llenó mi ser:

¿Qué es lo que flamea como una llama y, sin embargo, no es fuego, que arde como la fiebre, pero se enfría en la muerte?

Capítulo 2

Despertó cansada después de una tranquila noche sin sueños. Ya estaba despierta, aunque todavía no se levantaba. Estaba disfrutando de la comodidad de su cama unos minutos más. De repente recordó que había despertado sin que la alarma sonara. Abrió los ojos de golpe y tomó el celular que estaba sobre su buró. Eran las siete y media de la mañana.

«Mierda», pensó preocupada.

Una vez más no la había escuchado y se había quedado dormida. Tenía máximo treinta minutos si quería llegar a tiempo.

Se levantó rápido de la cama, provocando que su cuerpo se desequilibrara y tuvo que sentarse unos segundos para recobrar el control. Pero no disponía de esos segundos. Volvió a levantarse para irse a bañar. Con las prisas que tenía, no esperó a que el agua se calentara y su baño exprés fue con agua fría. La temperatura le ayudó a espantar el sueño que había quedado. Salió de la regadera temblando de frío y con los dientes castaÑeando. Con rápida habilidad se secó y se puso el uniforme que le tocaba el día de hoy: unas medias viejas y gastadas, una falda oscura que le llegaba por debajo de la rodilla, una blusa blanca y un saco a juego con la falda. Añadió una pañoleta rosa para darse un toque más vivo. Odiaba su uniforme y pensó que tendría frío después de su baño y la falda que debía de ponerse. Deseó con todas sus fuerzas no enfermarse, pues ya no tenía más días para faltar y no quería tener más problemas con su jefe.

En la cocina calentó agua con una cucharada de café instantáneo para llevársela en un termo. Odiaba ese café, pero no tenía

otro y no funcionaba sin uno. Para su satisfacción, su reloj marcaba las diez pasadas de las ocho. A pesar de todo, salió antes de lo que había imaginado.

Caminó un par de cuadras que separaban su casa de la parada del autobús y cuando llegó vio a un grupo de gente formada esperando el transporte. Se maldijo, pues iba a llegar tarde y su jefe la iba a regañar. Por si fuera poco, una ligera llovizna empezó a caer y por las prisas no había traído su paraguas.

El autobús no tardó en llegar y logró subir a todos. Al ser de las últimas, no logró encontrar asiento y como se le hizo tarde había pensado maquillarse en el trayecto. Echó algunas miradas a los hombres que estaban sentados, pero todos la ignoraron. No era la primera vez que le pasaba, así que con habilidad se cogió del tubo con una mano y con la otra empezó a aplicarse las capas de maquillaje. Un poco de base, de rímel y labial para terminar. En los veinte minutos que el autobús tardó en llegar a la central ya había terminado. No sabía si lo había hecho bien, pero era lo que podía hacer con tan poco tiempo.

Bajó del autobús y corrió al andén donde salía la siguiente ruta que tendría que tomar. Llegó corriendo y logró subirse antes de que el chofer cerrara las puertas y el siguiente autobús empezara a moverse. Esta ruta iba a las afueras de la ciudad, a la parte moderna donde se encontraban los nuevos centros comerciales y, como por lo regular no venía lleno, logró encontrar un asiento libre. Volvió a sacar sus instrumentos y terminó de perfeccionar los últimos detalles. Se congratuló por haberlo hecho bien a pesar de las condiciones.

A los quince minutos llegó a su estación y ahí mismo tuvo que esperar a que llegara el autobús que la llevaría a su destino final. Este último recorrido era muy corto, pero iba contrarreloj. Para cuando el autobús se detuvo, bajó corriendo como nunca en su vida, como si esta dependiera de ello que, para este punto, sí dependía. Todavía era muy temprano en la ciudad y no había ruido más que el de sus tacones chocar contra el pavimento, esquivando los charcos que formó la lluvia de anoche.

Finalmente, a las nueve y cinco de la mañana llegó a la tienda para checar su tarjeta. Estaba sudada y respiraba con fuerza, pero debió de haber roto un récord por el poco tiempo que había hecho considerando lo tarde que se había levantado. Sin embargo, su felicidad se desvaneció cuando al entrar se encontró a su jefe preparando un café.

—Buenos días. Una disculpa por la demora, señor... —empezó a decir, pero su jefe la interrumpió.

—Llegas tarde.

—Una disculpa. El autobús tardó más...

—Última vez que pasa —sentenció con firmeza sin voltearla a ver—. La siguiente vez te descontaré el día.

—No volverá a pasar —contestó avergonzada.

Tomó el pin que tenía su nombre y se lo colocó en su saco. Su jefe caminó a la salida de la sala y antes de salir se volteó con un último comentario.

—Por cierto. Hoy te toca en la sección de jóvenes. Masculina.

Sintiéndose derrotada, se sentó en una silla y reprimió las ganas de llorar. Había trabajado mucho en los últimos años escalando de posición en posición, de sección en sección, y por fin el mes pasado la habían recompensado asignándole la mejor sección, la que todos deseaban: el departamento de señoras. Ahí los clientes la trataban mejor, había muchas ventas haciendo que las comisiones fueran altas. Era por lo que había estado luchando por más de diez años que llevaba trabajando ahí y por fin lo había conseguido. Sin embargo, en un abrir y cerrar de ojos, sus sueños se habían ido por la coladera.

Intentó componerse. Se secó los ojos, se volvió a peinar y se levantó dispuesta a afrontar el error. Tal vez su destino era trabajar en la tienda toda su vida sin ninguna posibilidad de crecimiento. Tal como le había pasado a su compañera Daisy, que había pasado por todas las áreas y jamás la habían ascendido.

El área de jóvenes era difícil. Por las mañanas era un trabajo lento con pocos clientes y por las tardes, cuando los jóvenes iban,

era todavía peor. Había que estar cuidándolos para que no se robaran nada. Además de que eran groseros, altaneros y por ser clientes no se les podía decir nada. Ese era el futuro que la esperaba y difícilmente iba a poder salir de ahí.

Tratando de tener la mejor actitud, empezó a acomodar la ropa; colgó las camisas por colores, dobló los pantalones y ordenó las playeras por su talla. Si le iba a tocar esta sección, iba a hacerlo bien.

Mientras hacía esto, sintió una presencia en su espalda. Se dio la vuelta y sintió un brinco al corazón al encontrarse con la figura de un joven.

—Alex. Me asustaste.

—¿Te castigaron? ¿O qué haces aquí?

Alex era un joven de veintitantos años que acababa de entrar y que por su edad lo habían asignado a esa sección. Era un joven extraño que no decía mucho y todo lo hacía sin tacto. Los compañeros lo evitaban y él mismo se aislaba de todos. No tenía amigos y parecía no querer hacerlos. A pesar de que lo veía como un ser extraño y que trataba de evitar, sentía lástima por él. Siempre estaba solo y cuando lo veía con un cliente, debido a la similitud de sus edades, lo veía sufrir insultos y burlas.

—Sí —le contestó tratando de ser amable—. Hoy se me ha hecho tarde y me asignaron esta sección. Pero espero que mañana me regresen a mi puesto.

—No lo creo. —Hizo una pausa y después agregó—. Los que estamos aquí nos quedamos aquí. Yo creo que...

Aunque sabía que no había malicia en sus comentarios, se molestó dejándolo hablar solo.

La tienda abrió y empezó un nuevo día de trabajo. Por su sección no hubo clientes y su mañana fue lenta. En los momentos de ocio caminaba a la sección de enfrente y dejaba solo a Alex para

que atendiera a las mamás que venían a comprar ropa para sus hijos. En una de sus escapadas vio a lo lejos a su jefe rondando entre secciones. Desistió de platicar con sus amigos y regresó a su aburrido puesto.

Ya había acomodado toda la ropa, la caja estaba ordenada y los probadores limpios. No tenía nada que hacer y se encontraba sentada frente a la caja esperando el paso del tiempo. Cuestionaba su vida y la necesidad de este trabajo. En realidad, no sabía hacer mucho y difícilmente la iban a contratar en otro lado por su edad. En ese momento de descuido llegó Alex.

—Una mañana lenta, ¿no?

—Sí —contestó seca.

—Te vas a acostumbrar. Aquí siempre es así. Pronto empiezas a sacar algunos pasatiempos para no aburrirte tanto. —Alex parecía querer entablar conversación, pero seguía sin escoger las palabras correctas. Ella todavía estaba ofendida y no tenía ganas de seguirle la plática.

—Como te dije, no planeo estar mucho tiempo aquí. No necesito encontrar pasatiempos.

—Yo a veces juego sudoku o algún crucigrama —dijo ignorándola.

Mientras Alex hablaba, se escucharon pasos a lo lejos. Se levantó para dejar de hablar con él esperando que fuera un cliente de su sección. Aunque fuera una de aquellas madres groseras, prefería atenderlas que tener que seguir hablando con Alex. A los pocos segundos apareció la figura de un joven que entraba a la tienda. Le desconcertó su edad porque no era una hora en la que los jóvenes venían a comprar. Por lo regular venían por la tarde cuando la escuela había acabado. Era el primer joven que venía en el día y no iba a perder ocasión de atenderlo.

Era un joven de alrededor de veinte años como Alex. Tenía la piel morena, el pelo oscuro y ojos grises. Se acercó a uno de los estantes y desde ahí miró al joven esperando el momento adecuado para acercarse. El joven veía distraído algunas prendas. Levantó

una camisa y al ver que no era de su talla, la dobló torpemente regresando a la pila donde se encontraba. Era su llamada.

—Buenos días —saludó y luego le preguntó—: ¿Algo en lo que le pueda ayudar?

—Solo estoy viendo —contestó el joven con una sonrisa—. Muchas gracias.

—Con gusto. Si necesita ayuda, estaré por aquí —contestó también con una sonrisa, y se alejó lo suficiente para no perderlo de vista.

No se consideraba experta leyendo personas, pero algo en el joven le llamó la atención. Tal vez era el aburrimiento de no haber atendido a nadie, aun así, pensó que la sonrisa con la que le había respondido escondía algo. Tal vez era tristeza o algo más.

Además de la triste sonrisa, volvió a pensar en lo curioso que era que un joven de su edad visitara la tienda tan temprano. Faltaba poco para las vacaciones y no podía pensar en alguna razón por la que él estuviera ahí. Despertó de sus pensamientos cuando notó que el joven había empezado a recoger mucha ropa. Desde la caja vio que caminaba por cada isla tomando varias prendas. Agarró playeras de distintos colores, al igual que camisas y pantalones, colocándolas debajo de su brazo. Notó que ya tenía varias y se le empezaba a dificultar agarrar más. Se le acercó nuevamente.

—¿Necesita que vaya poniendo esto en la caja?

—Sí, gracias.

Extendió sus brazos para tomar la ropa y él hizo el movimiento opuesto para entregársela. A la hora de hacer la transición, su mano tocó el brazo del joven. Al instante sintió una descarga que recorrió todo su cuerpo. No fue un simple toque porque esos los sentía solo en la parte contactada. Lo que pasó con el joven fue algo más que no supo explicar. Una extraña descarga que recorrió todo su cuerpo desde el talón hasta la punta de cada uno de los pelos de su cabeza. Además, no solo ella lo sintió. El joven también hizo una extraña mueca de dolor. Ambos dieron un paso atrás y la ropa se quedó flotando en el aire un instante hasta que cayó al suelo desparramada.

—¡Lo siento mucho! —exclamó avergonzada.

—No. Fue mi culpa —contestó alterado—. Déjeme, le ayudo.

Ambos se agacharon para recoger la ropa, tomando distancia para evitar tocarse otra vez. No sabía qué había pasado, pero no dudaba de lo ocurrido. Al terminar, los dos intercambiaron una incómoda sonrisa y ella se alejó con el bulto. El joven se quedó un momento pensativo y después continuó distraído escogiendo más prendas.

Desde la caja continuó observando al joven recoger más prendas y apilarlas nuevamente en su brazo. Después, con algunos conjuntos, el joven se metió en uno de los probadores. Ella dobló la ropa escogida en lo que él terminaba. Se sobaba la mano sintiendo una extraña sensación en la punta de los dedos. Definitivamente no había sido un toque. Había sido algo más, pero no tenía palabras para definirlo.

Al final, el joven pagó por cinco playeras de distintos colores, dos camisas blancas, dos celestes, unos suéteres y varios pantalones. Mientras los pasaba por el lector, ella se iba sorprendiendo de la cantidad de dinero que el joven iba a pagar. Nunca en toda su vida había visto a alguien comprar tanta ropa. Parecía que aquel muchacho había perdido todo su clóset y quería reabastecerse.

—¿Algo más en lo que le pueda ayudar? —preguntó.

Contestó negativamente y le entregó su tarjeta para pagar. El dinero pagado fue más de lo que ella ganaba en un mes. Aunque seguía extrañada por el incidente, pensó en que el joven era un niño rico que solo gastaba el dinero de papá. Ya no le extrañó la hora y lo miró con cierto desdén. Después de pagar, se despidió distraído y se fue con el conjunto de bolsas llenas de la ropa que había comprado.

—Guau —dijo Alex a sus espaldas—. Eso es tener dinero.

Sin decir nada más, los dos vieron al joven alejarse hasta perderse de su vista.

El resto del día fue tranquilo, con pocos clientes y mucho tiempo libre. Con el paso de las horas, empezó a sentir cómo su cuerpo iba cediendo a la enfermedad. Dedujo que bañarse con agua fría más la lluvia de la mañana estaban repercutiendo en su salud. Cuando faltaba poco para terminar su turno, sintió la nariz tapada y el cuerpo cortado. Al verla tan mal, Alex la estaba ayudando con los pocos clientes que llegaban. En un punto, ella se intentó levantar de la silla para cobrarle a unos jóvenes que querían unas playeras.

—¿Sería todo? —preguntó con voz congestionada.

—*Sedia todo* —se burló uno de los niños y fue coreado por sus amigos.

Llegó Alex a su rescate y ocupó su lugar en la caja. Al despacharlos, se volteó hacia ella.

—Deberías irte a casa.

—Me quedan un par de horas —contestó entre tosidos y agregó—. Sí, aguanto. Estoy bien. —Aunque los niños habían sido groseros, su voz sonaba nasal y cómica.

—No pasa nada si te vas temprano un día. El jefe no se va a dar cuenta —dijo Alex—. Además, si se da cuenta no va a arruinar tu carrera. Por un día más que te quedes aquí no te vas a estancar.

—Muchas gracias, Alex —contestó sintiéndose tocada por sus palabras. En verdad se sentía mal y lo mejor que podía hacer en ese momento era irse a su casa a descansar.

—Vete, antes de que me contagies —dijo, arruinando el bello momento que había creado.

Con dificultad, tomó sus cosas y buscó con la mirada que su jefe no estuviera presente. Con éxito, salió de la tienda sin que la vieran. Afuera del centro comercial, la lluvia continuaba y se había intensificado. Al salir, sintió un escalofrío que recorrió todo su cuerpo. El ambiente era frío y no parecía verano, aunque sí el típico verano de la ciudad. Mucha lluvia y un viento helado que bajaba de las montañas.

Pensó en tomar la misma ruta que siempre tomaba con los distintos autobuses. Pero al pensar en todos los transbordos e inco-

modidades, decidió alquilar uno de los taxis que se encontraban a las afueras del centro comercial. Con su enfermedad y la lluvia que caía, quería llegar lo más rápido posible a su casa. Sacó su cartera para verificar que tenía dinero suficiente. Apenas le iba a alcanzar y meditó si en verdad se lo merecía. Pero al sentir sus dientes castañear, caminó a los taxis sin dudarlo más. Iba a tener que apretarse el cinturón el resto de la semana y tratar de gastar lo menos posible para aguantar hasta que le pagaran.

A diferencia de la hora que se hubiera tardado en el autobús, el taxi no tardó ni veinte minutos. Agradeció haber tomado esa decisión porque con cada minuto que pasaba iba sintiendo cómo poco a poco caía en el delirio de la enfermedad. Hizo un enorme esfuerzo para pagar cuando llegaron a su casa y recibir el cambio en monedas. Por puro instinto movió cada pierna para poder salir del auto y caminar hacia la puerta. El levantar la mano y colocar la llave en la rendija fue un suplicio. Le dolía todo el cuerpo. Sentía su piel arder y un sudor frío que recorría su espalda. Al entrar, el sueño la invadía y no la dejó ni tomar una medicina. Usó las últimas reservas de energía para quitarse la ropa y aventarse a la cama. En cuanto la cobija cubrió su cuerpo enfermo entró en un profundo sueño.

Cuando abrió los ojos la habitación estaba a oscuras. Había despertado con una energía renovada. No sentía cansancio y parecía que la enfermedad del día anterior no había existido. Se sentía contenta y totalmente descansada, lista para un nuevo día.

Se levantó de la cama y fue al baño para prender la regadera. Esta vez esperó a que el agua se calentara. Cuando el vapor empezó a salir por la puerta de la regadera se metió a bañar.

Salió del baño con una toalla enredada en su cabeza y se dirigió a la silla junto a su cama. Se puso un conjunto de ropa interior y una blusa blanca nueva. Recogió el resto del uniforme tirado y

después de colocarse las medias se puso la falda y los tacones oscuros. Caminó a la cocina y puso a calentar agua para su café. Se maquilló sin prisas mientras el agua hervía. Qué diferencia sentía al poder hacer todo con tranquilidad y sin miedo a llegar tarde. Se pasó el rímel por las pestañas sin temor a que el autobús frenara de repente y lo arruinara. Se sentía tan bien que sacó un moño rosado para decorarse el pelo.

Escuchó a lo lejos el agua hervir lista para su café. Al servirla en su termo y colocar el café instantáneo que repudiaba se percató de que junto a la estufa había un sobre con su nombre escrito en él.

«Qué raro», pensó con curiosidad. Estaba segura de no haberlo visto cuando se fue a maquillar.

El sobre brillaba por su blancura a pesar de la poca luz que había. Lo que más le extrañó fue que su nombre estaba escrito a mano. Nunca había recibido una carta y no recordaba haberla recogido. Volteó hacia los lados buscando una explicación, pero se encontró con su casa vacía. Ayer estaba muy enferma, casi delirando. Tal vez había recogido la carta y hoy en la mañana la había ignorado. Era la única explicación lógica que se le podía ocurrir.

La tomó entre las manos y le dio la vuelta para abrirla. El sobre se despegó con una suavidad placentera. El interior contenía una pequeña hoja de papel del mismo color brillante. Al igual que en el sobre, la carta tenía una simple frase escrita a mano. Sintió extrañeza al leerla porque no entendió lo que decía. En la carta estaba escrito:

*¿Cuál es el fantasma que cada noche nace de nuevo en el hombre y
cada día muere?*